

Lúcia Fidalgo

El día en que mi abuela envejeció



Veruschka Guerra
Ilustraciones

Octaedro 
Editorial

EL DÍA EN QUE MI ABUELA ENVEJECIÓ

Título original: *O dia em que minha avó envelheceu*,
Cortez Editora, São Paulo, 2013

Traducción al castellano: Bertran Romero Sala



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil / Fundação
Biblioteca Nacional.

Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Cultura de Brasil / Fundación
Biblioteca Nacional.

Primera edición: junio de 2013

© del texto: Lúcia Fidalgo

© de las ilustraciones: Veruka Guerra

© De esta edición:

Ediciones Octaedro, S.L.
C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68
www.octaedro.com – octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación
de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción
prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-579-2

Depósito legal: B. 13.861-2014

Diseño y realización: Editorial Octaedro

Impresión: Open Print, S.L.

Impreso en España – Printed in Spain



*Para que Laura y Gustavo
se acuerden siempre de la abuela.*

El primer recuerdo que tengo de ella se remonta a cuando empecé a ver el mundo por primera vez. Y vi que me miraba una mujer sonriente, hacia quien extendí los brazos, pidiendo salir de la cuna.

Mi madre dice que ya estaba en mi vida desde mucho antes. Desde el día en que yo aún ni soñaba en ser un bebé.

Para mi abuela, un bebé siempre era un motivo de alegría. Decía que los niños traen suerte al nacer, llenando la casa de un olor diferente con su llegada.

Iba con mucho cuidado al sujetarme, decía que yo era tan pequeña que parecía que iba a romperme. Y me cantaba, con su voz suave, una canción que todavía hoy puedo oír en mi recuerdo.

No sé si es recuerdo o nostalgia, pero sé que aquella sensación todavía vive dentro de mí.

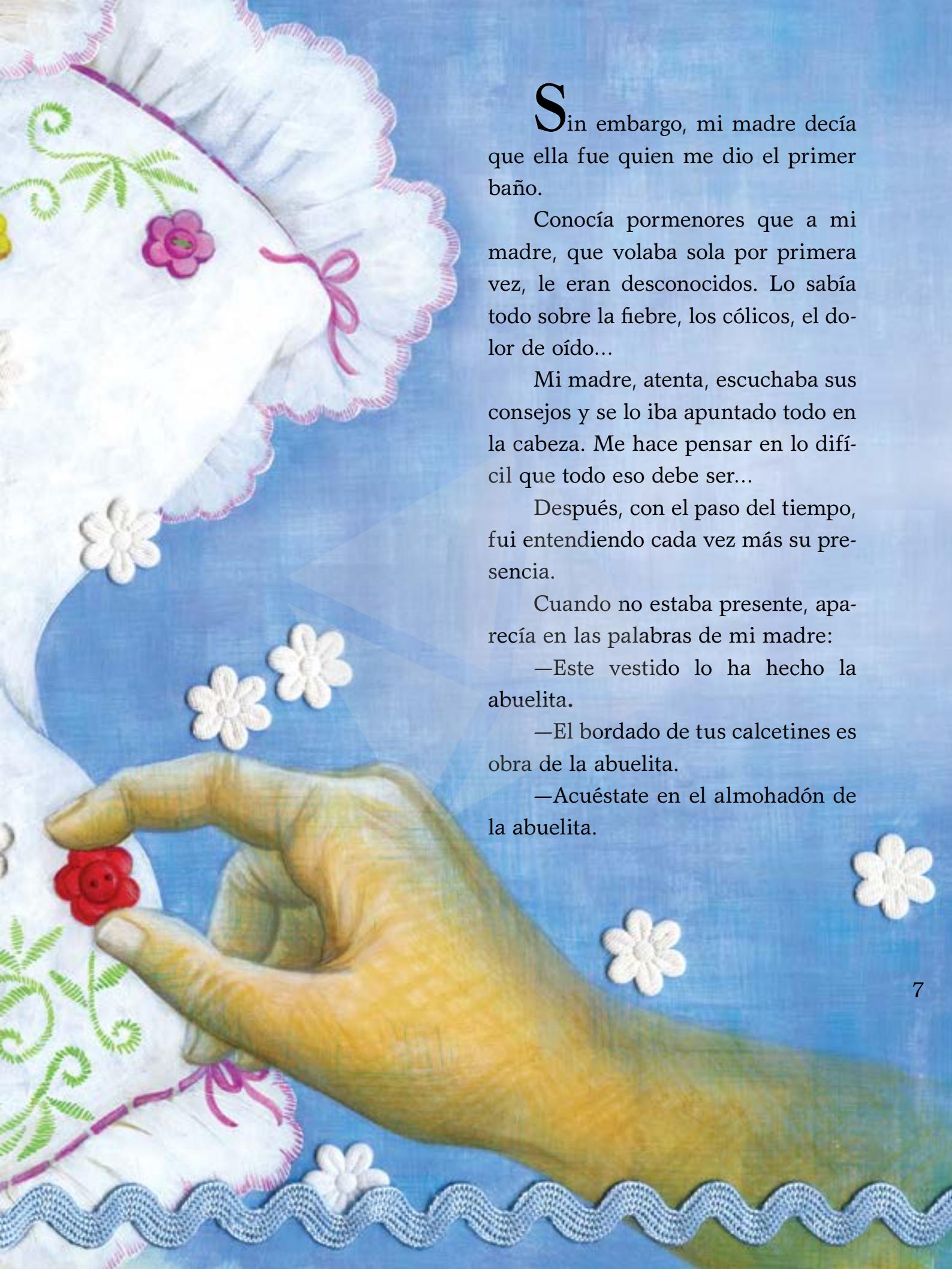
A pesar de haber tenido tantos hijos, parecía que se había olvidado de cómo se cuidaba a un bebé.

Decía:

—Con el tiempo, una se olvida...
deja de hacer...
y deja de saber.







Sin embargo, mi madre decía que ella fue quien me dio el primer baño.

Conocía pormenores que a mi madre, que volaba sola por primera vez, le eran desconocidos. Lo sabía todo sobre la fiebre, los cólicos, el dolor de oído...

Mi madre, atenta, escuchaba sus consejos y se lo iba apuntando todo en la cabeza. Me hace pensar en lo difícil que todo eso debe ser...

Después, con el paso del tiempo, fui entendiendo cada vez más su presencia.

Cuando no estaba presente, aparecía en las palabras de mi madre:

—Este vestido lo ha hecho la abuelita.

—El bordado de tus calcetines es obra de la abuelita.

—Acuéstate en el almohadón de la abuelita.

Por mi cumpleaños, la abuelita cocinaba la tarta y los otros dulces. Dulces que ella no había podido saborear durante su infancia, cuando las lágrimas tristes resbalaban amargas por su rostro de niña. Dulces tan originales que, al final de la fiesta, siempre había gente que le preguntaba por la receta.

Todos decían que tenía manos de hada, y todo lo que hacía estaba repleto de encanto.

Hoy sé que sus manos son las de quien sujetó un hilo de Ariadna en el laberinto que ocupa su ausencia.

Ya me lo temía entonces, pero sólo era un temor, porque era demasiado pequeña para saber con seguridad ciertas cosas.





